

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

13



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1972

lo 690 (9.5%) le corresponde el cuarto lugar. Luego sigue a mucha distancia León con 244 (3.4%), y después Vascongadas con sólo 153 (2.1%). Las demás regiones (Navarra 53, el extranjero 40, Galicia 39, Aragón 38, Asturias 30, Murcia 30, Canarias 25, Cataluña 19 y Valencia 17) comparan entre sí el 4.0% restante.

El predominio de andaluces y extremeños entre los nuevos pobladores de México es uno de los rasgos sobresalientes de nuestros recuentos. Entre las provincias se destaca por supuesto Sevilla con 2,209, Badajoz viene en segundo lugar con 1,066, después siguen Toledo con 704, Cáceres con 296, Cádiz con 283, y Córdoba con 205, Huelva 196, Guadalajara 185, Ciudad Real 181, Madrid 174, y Valladolid 163.

Conclusiones.

El examen de los datos que acabamos de presentar revela entre otras cosas que para 1580, 1) el sur de la Península había aportado dos veces más pobladores que el norte; 2) que más de la tercera parte de todos los colonizadores habían sido andaluces; 3) las contribuciones de las dos Castillas habían sido más o menos iguales; 4) los vascos y navarros juntos habían aportado menos del 5%, los gallegos apenas el 1%, y todo el Reino de Aragón (Aragón, Cataluña, Valencia y Baleares), junto con Murcia, apenas el 2%; 5) aunque el porcentaje de canarios había crecido en cada una de las cuatro épocas (del 0.1% al 0.4%), este porcentaje siguió siendo casi insignificante no solamente en los registros de pasajeros sino también en nuestras fuentes coloniales; y, 6) el porcentaje de extranjeros, que llegó a su apogeo poco antes de mediar el siglo, había decaído notablemente para 1580, pero siempre sobrepasaba la contribución de todo el Reino de Aragón.

Aunque todavía no se han analizado estadísticamente las corrientes emigratorias que hubo en siglos posteriores, los datos parciales de que ya disponemos parecen indicar que con el tiempo la marejada de andaluces, extremeños y castellanos nuevos perdió su fuerza y cedió ante una creciente emigración procedente de áreas lingüísticas y dialectales del norte: Galicia, Asturias, Vascongadas, Navarra, Aragón y Cataluña. Pero nuestros recuentos para el siglo XVI no dan lugar a duda que en cuanto a la formación del *primitivo español antillano*, el cual, llevado a tierra firme, constituyó la base de otros dialectos hispanoamericanos (recuérdese la propagación de antillanismos por toda América), el papel decisivo le correspondió al dialecto castellano-andaluz hablado por más de la mitad de las mujeres españolas que emigraron, por más de la tercera parte de todos los hombres, y por la mayoría de los marineros y mercaderes que dominaban el comercio entre España y su imperio de ultramar.

ESTADO DE LA HISTORIA ORAL EN LOS ESTADOS UNIDOS, CON ALGUNAS IMPLICACIONES PARA MÉXICO *

DR. JOE B. FRANTZ
Universidad de Texas, Austin

LA HISTORIA ORAL ha sido la más nueva técnica en la compilación de información y en su conservación. Ha sido tanto ensalzada como reprobada. De hecho es la forma más antigua de la historia; proviene de la época en que dos hombres se sentaban en el crepúsculo a rememorar sobre los animales que habían cazado esa mañana y los peces escapados. La única diferencia entre esos tiempos y éstos es la grabadora, la cual recoge las palabras emitidas y hace posible que una secretaria o presunto autor, inteligente o no, las transcriba y por lo tanto las perpetúe. La tradición oral nos dice mucho de lo que sabemos sobre México antes de la llegada de hombres como Cortés. Gran número de texanos, el más notable de ellos J. Frank Dobie, han ganado reputación universal, sentándose alrededor de las hogueras en la noche, escuchando a los ancianos vaqueros contar historias de fantasmas, caballos alados, clarividentes reses de largos cuernos, y tesoros perdidos. Estos folkloristas tomaban notas de los puntos interesantes de las charlas, y entonces trataban de incorporarlos en cautivadoras historias, usando un lenguaje tan preciso como fuera posible.

Pero ellos dependían de su memoria, y a pesar de sus atentados de transcribir con fidelidad las historias, ellos deben haber impuesto sus propios sentimientos y palabras favoritas en sus cuentos. Lo que la grabadora ha traído es fidelidad. Nos trae las palabras del orador exactamente según fueron dichas. Además nos trae la forma en que fueron pronunciadas, incluyendo sus matices e inflexiones. En otras palabras, haciendo uso del viejo término usado en los mataderos, "Todo se percibe menos el olor".

* Trabajo presentado al Congreso de Historia del Noreste de México, celebrado en Monterrey en septiembre de 1971.

Por conveniencia tanto como para asegurarnos contra la destrucción inadvertida de una cinta única, nosotros generalmente transcribimos estas entrevistas, pero una página escrita a máquina es necesariamente de una sola dimensión: le falta la profundidad de sentido y matices significativos de la palabra hablada. La forma en que yo les pronuncio los adjetivos descriptivos, puede ser más importante que los adjetivos en sí mismos. Puedo usar una palabra inofensiva a primera vista, pero la manera en que la pronuncie puede resultar, en un discurso, insultante; cuando escrita puede parecer que estuviera haciéndole un cumplido.

Cuántas veces hemos salido de una conferencia con una persona mayor, deseando haber podido tomar por escrito todo lo dicho. La grabadora nos permite hacer esto; haciendo una técnica de grabar historia, usualmente se convierte en un compañero inadvertido en el triángulo entre el entrevistador y la persona entrevistada. Una persona empieza a hablar, un pensamiento atrae otros, y éstos revelan datos por largo tiempo atesorados que de otro modo no verían la luz de la palabra impresa. La persona entrevistada amplifica lo que puede encontrarse en la palabra escrita y comparte con nosotros información sobre lo que ocurrió entre bastidores, sobre motivos, sobre conflictos entre personalidades, etcétera. Si no nos da otra cosa, esta técnica de la historia oral sí nos da una profundidad y color que en cambio promueve el entendimiento de personas y sucesos.

La historia oral en los Estados Unidos, como movimiento organizado, es relativamente joven. Aunque existe evidencia que la conservación de la historia por medio de cintas grabadoras data por lo menos del año mil novecientos treinta y uno, en realidad la historia oral empezó en la primavera del año mil novecientos cuarenta y ocho, cuando Allan Nevins, de la universidad de Columbia, puso en práctica un pensamiento que él había abrigado por quince años. Una década antes, el profesor Nevins había escrito que los historiadores necesitaban "una organización que hiciera un atentado sistemático para obtener de los labios y de los papeles de los americanos vivientes —los cuales hayan tenido vidas significativas— un testimonio más completo de su participación en la vida política, económica y cultural de los últimos sesenta años". Bajo la dirección de Nevins un atentado común ha sido hecho por cerca de veinticinco años para comprender qué se ha hecho con respecto a las decisiones que han afectado las vidas de unos cuantos millones de norteamericanos.

Yo tuve un roce inadvertido con la historia oral cuando dirigía un curso televisado que había empezado el difunto Walter Prescott Webb. Nosotros invitamos a cuarenta y un historiadores de los Estados Unidos para incluir en una cinta grabada de televisión lo que ellos consideraban sus pensamien-

tos más importantes con respecto a la historia de nuestra nación. Entre estos historiadores estaba el bien conocido doctor Daniel Cosío Villegas, el cual grabó dos cintas, maravillosamente severas, del punto de vista mexicano sobre la expansión estadounidense.

Entretanto la universidad de Columbia había empezado un programa de historia oral sobre un anterior presidente de esa escuela, quien llegó a ser el Presidente Eisenhower de los Estados Unidos. Cuando la biblioteca del Presidente Eisenhower fue edificada en Abilene, Kansas, el proyecto fue transferido a los Archivos Nacionales, que administra dicha biblioteca. Los directores de las bibliotecas de Franklin D. Roosevelt y Harry S. Truman acordaron que el reunir las historias orales correspondientes a esas dos administraciones sería una buena idea, y procedieron a formar programas para ello. Casi inmediatamente después del asesinato del Presidente John F. Kennedy, se comenzó un proyecto de historia oral, el cual fue también prontamente adquirido por los Archivos Nacionales.

Temprano en la administración del Presidente Lyndon B. Johnson, éste comenzó a pensar sobre la iniciación de tal programa. Otras obligaciones impidieron la ejecución de la idea, pero anunciando el Presidente Johnson en marzo treinta y uno de mil novecientos sesenta y ocho, que bajo ningunas circunstancias sería él un candidato para otro término, él y sus ayudantes empezaron a pensar seriamente en capturar los análisis y memorias de hombres importantes durante la administración de Johnson.

El resultado fue que, avanzada la primavera de mil novecientos sesenta y ocho, la oficina del Presidente Johnson me llamó a Washington para tratar sobre un programa de historia. Sin cansarles a ustedes con los detalles tediosos, yo estuve de acuerdo en entrevistar a personas —amigos tanto como enemigos— asociados con la vida y época de Lyndon B. Johnson. El Presidente Johnson tiene un fuerte sentido histórico, y no de reputación edificada por la acumulación de evidencias, sino de reputación propiamente edificada por la acumulación de puntos de vista tanto desfavorables como favorables —dejando la verdad salir a la luz, o como se quiera decir. Nosotros decidimos que me relevaría del cargo de ser un historiador privado si yo no era pagado por la Casa Blanca ni por el gobierno; por lo que decidimos que sería mejor que la universidad de Texas pagara la cuenta.

Pasamos el verano calculando los costos, haciendo listas y formando el personal y una distinguida junta de consejeros.

Para principios de septiembre de mil novecientos sesenta y ocho, además de mí, había cuatro entrevistadores que trabajaban todo el día, tres que trabajaban unas horas al día, y dos personas más, a las que se les pagaba de

acuerdo con su trabajo. Además, yo tenía un grupo secretarial, del cual depende la fortuna de una organización; en este caso fue magnífica su contribución.

Mis entrevistadores eran del tipo de profesor asistente, bien de ciencia política o de historia, con la excepción de una periodista de Boston. Yo los escogí a ellos porque pensé que ellos tendrían perspectiva histórica y podrían anticipar las preguntas que pudieran hacerse dentro de veinte, treinta, y cuarenta años. Escogí a los profesores porque les daría extensión en sus respectivas especialidades y porque eran jóvenes y bastante nuevos en el ejercicio de sus carreras, y además ambiciosos. Escogí a cada uno por su especialidad, e hicimos entrevistas más o menos dentro de esas especialidades. Propiamente, mi especialidad ha sido la de personas de edad avanzada.

Al principio hicimos dos tipos de entrevistas, con dos tipos de entrevistados, o sujetos. Vimos a los que estaban jubilándose o de edad muy avanzada. El jefe de la Corte Suprema, Hugo Black, es octogenario; también lo es James A. Farley. El senador Carl Hayden está en sus noventa. También entrevistamos a aquellos que desaparecerían de la escena de Washington o que entrarían en el anonimato una vez terminada la administración de Johnson. Desde fines de la administración, hemos entrevistado a personas de todo nivel, de todo punto de vista político, y a través de toda la nación.

En la América Latina hemos visto sólo a unos pocos dignatarios; entre éstos están el ex-Presidente José Joaquín Trejos de Costa Rica y el reciente Secretario de Asuntos Exteriores, Antonio Carrillo Flores. Tenemos fijada la fecha de las entrevistas con los antiguos Presidentes Fernando Belaúnde Terry de Perú, Eduardo Frei de Chile, y Gustavo Díaz Ordaz de México, como también con el antiguo embajador de México en los Estados Unidos, Hugo Margáin y tales diplomáticos estadounidenses como William Bowdler, antiguo embajador en El Salvador; Tromas Mann, embajador en México; y Raúl Castro, nativo de México, quien fue embajador en El Salvador y después en Bolivia.

A la persona entrevistada nosotros la alentamos a ser natural. Preferiríamos que se den nombres y detalles, cerrando el capítulo durante el tiempo de la vida del sujeto o del Presidente, por cincuenta años, o por cualquier período, en vez de darnos una entrevista inocua que pueda ser inmediatamente aprovechada. Sin tratar de aparecer altruista, nosotros estamos tratando de hacer un trabajo que permanezca por siglos; sabemos que no podemos augurar el futuro, sino esperamos que mediante cierta saturación podamos sacar tanta materia vital como fuera posible. Somos de piel bastante dura y somos bas-

tante analíticos, o cínicos, que sabemos que cincuenta años más adelante algún investigador-escritor nos bendecirá, aunque otros muchos nos censurarán por no haber averiguado más.

Estamos convencidos también de que la mayor parte de los entrevistados han sido tan francos como podrían ser. Esta última frase es importante, porque hay algunos representantes que a través del tiempo han dado conferencias de prensa tan cautelosas que todavía tienden a presentar tales sesiones aun cuando ellos creen que éstas son reveladoras. Por otra parte, me ha sorprendido cómo muchos de ellos se han esforzado en presentar en lenguaje sencillo su manera de sentir sobre otros colegas, y no han mostrado disposición de ocultar ningún material. Cuando yo les hacía preguntas sobre el hecho de que su franqueza podría ofender y poner en peligro relaciones, se encogían de hombros como diciendo "y eso qué, yo ya he terminado mi carrera y no me importa quién se entere de lo que siento". Me recuerdan a antiguas reinas del cine que buscan desquitarse con otras actrices por inadvertidos descuidos y menosprecios sufridos durante años.

Algunos de estos temas han sido deleitosos, algunos incendiarios, algunos reveladores, y algunos inocuos. En general he adquirido un gran respeto por el profesionista burócrata como hombre que sabe su profesión. Él es articulado y él es analítico. Él llegará a la cima de su departamento, estoy convencido, en cualquier sector privado de la economía. Aunque algunos en esas alturas no se han enterado mucho de lo que pasaba en los niveles más bajos, la mayoría son juiciosos y sagaces. Sin sorprenderme, la gente del departamento de justicia, desde el secretario asistente para arriba, han sido los más detallados. Pero eso es de esperarse, ya que los abogados viven del hablar y recordar.

Originalmente preparé una lista de mil seiscientas personas que debían ser entrevistadas, porque después de todo, Lyndon B. Johnson vino a Washington por primera vez en mil novecientos treinta y uno —hace cuarenta años— y sirvió bajo seis presidentes (la sexta parte de todos los presidentes de nuestra historia), incluyendo su propia administración. Durante los últimos veinte años él se ha encontrado en medio de todo, y a través de astucia y buena fortuna, fue él un congresista notable desde su primer término. Durante ese largo período con un hombre que puede expandirse tanto como el Presidente Johnson, uno puede encontrar un número ilimitado de personas cuyas vidas él ha tocado.

Las sorpresas siempre surgen, como lo fue una hace dos años cuando alguien me puso en la pista de Erich Leinsdorf, el director de la Orquesta Sinfónica de Boston. El maestro Leinsdorf hubiese tenido una carrera entera-

mente diferente si en mil novecientos treinta y siete, cuando se le rehusó su permiso de inmigración y la renovación de su permiso de trabajo, él no se hubiera puesto en contacto con Johnson, el congresista novato de Texas, quien no lo hubiera distinguido de Pedro de los palotes. Leinsdorf, sin embargo, tenía un amigo que conocía al congresista Johnson.

Esperando la expulsión de Leinsdorf de los Estados Unidos en un término de diez días, este amigo reunió al joven músico y al joven congresista, y Johnson se puso a trabajar para prevenir que Leinsdorf tuviera que regresar a Austria, la cual en el transcurso de su estancia en los Estados Unidos, había caído en manos del *Anschluss* de Hitler. Pero el congresista Johnson no pudo eludir el sistema de cuotas de los Estados Unidos ni lograr la renovación del permiso de trabajo de Leinsdorf. Sin embargo, estudió las posibilidades de inmigración, encontró que Leinsdorf podía entrar a Cuba, llamó al cónsul americano en La Habana —quien se encontraba en el campo de golf— para explicarle el problema, y mandó a Leinsdorf como inmigrante austriaco a Cuba justamente antes de que el músico abandonara los Estados Unidos. En vista de que teníamos una política liberal de inmigración con Cuba, Leinsdorf entró desde La Habana, con toda la riqueza de su contribución musical que él ha representado para los Estados Unidos en los treinta años subsiguientes.

Como diez años después el doctor Leinsdorf estaba contando esta historia en una recepción musical en Washington, cuando el entonces vicepresidente Johnson se le acercó, puso afectuosamente un brazo sobre sus hombros y le dijo: "Erich, esa es una buena historia y no tengo inconveniente que usted la cuente, pero ¿no sería bueno reunirnos para buscar una ciudad mejor que La Habana de la cual usted hubiere venido?"

Incidentalmente, la experiencia con Leinsdorf causó que el congresista Johnson se interesara en el sistema de cuotas de inmigración, un estudio que dio fruto tres décadas más tarde cuando bajo el Presidente Johnson, el sistema de cuotas fue eliminado.

Experiencias e historias como estas, aunque anecdóticas, tienen significación abundante. El secretario Robert Weaver, el primer negro miembro del Gabinete, nos cuenta cómo no llegó a conocer a Lyndon Johnson hasta la década de mil novecientos sesenta, aunque ya había oído hablar de él desde mil novecientos treinta. Weaver había sido, junto con hombres como Ralph Bunche, uno de los jóvenes intelectuales activistas negros en Washington. La Administración Nacional de la Juventud se había establecido, y en los ojos de muchas personas en Washington, esta fue una ruina. Pero en las palabras del secretario Weaver, "Empezamos a recibir noticias, especialmente

de Texas, que un director de veinte y siete años de edad de la Administración Nacional de la Juventud no estaba usando los fondos de la agencia para protección política como lo estaban haciendo la mayoría de los directores de los estados, sino que de hecho, estaba gastando la mayor parte de los fondos en los negros y los golpeados por la pobreza". Dijo entonces que él sabía que el congresista Johnson debería ser observado, porque no actuaba como un texano tradicional o del Sur.

La entrevista con el senador Carl Hayden valía la pena, si no por otra razón que la de haber venido de Arizona al Congreso en mil novecientos doce, el primer congresista (de este estado) y quien ha permanecido en el Congreso desde entonces. Ha servido a diez presidentes, y nos da una evaluación comparativa de lo que valen. Es raro encontrar un hombre que ha conocido a diez presidentes. Su ensayo sobre el presidente William Howard Taft contiene una anécdota suficientemente mundana, que el secretario que transcribió la cinta rehusó mecanografiarla. Dentro de cien años esta va a deleitar a algún folklorista como una forma del bajo humor político del siglo veinte.

Está claro que el material verdaderamente sustancioso no puede ser compartido desde esta tribuna. Todos, desde el Presidente Johnson hasta el estudiante más humilde, tienen que obedecer las reglas de la confidencia y pueden ver este material solamente bajo los más estrictos reglamentos. Cuando se complete este proyecto, las cintas y transcripciones se pondrán en la nueva Biblioteca Johnson, como una rama de los Archivos Nacionales.

Como sin duda saben ustedes, la Biblioteca Johnson representa otro paso más en el desarrollo de la idea de las bibliotecas presidenciales. Mientras que el dinero para las bibliotecas presidenciales se había reunido por medio de suscripciones privadas, el costo de construcción de la Biblioteca Johnson fue absorbido por la Universidad de Texas. Al completarse, la biblioteca fue traspasada a los Archivos Nacionales, y todo lo conectado con la Biblioteca Johnson fue entregado al gobierno federal, lo que al final de cuentas significa todos los norteamericanos, como parte de nuestros tesoros nacionales. Así es que las reglas para la utilización de estos materiales serán establecidas por el archivista de los Estados Unidos. Las reglas serán entonces las mismas que existen para cualquier otro tesoro nacional de archivos. Personas calificadas pueden examinar el material bajo las mismas condiciones que se usan para ir a los Archivos Nacionales y pedir ver los documentos de la Oficina Aduanal de Laredo.

La razón en que se funda toda esta actividad es que en esta época de aparatos electrónicos, particularmente el teléfono y sus afiliados, y con una figura

pública como la de Johnson, quien condujo mucho de su trabajo cara a cara, mucha de la documentación del pasado simplemente no existe. Uno añora los apacibles días cuando el Presidente Grant escribió una carta de siete páginas a su embajador para que la transmitiera al Presidente Lerdo de Tejada, y recibió del embajador seis páginas de la respuesta de Lerdo, y entonces contestó esa misiva con otra carta de cinco páginas, y así sucesivamente. Uno podía ver las ideas y acciones en evolución.

Pero ahora, fijemos la atención en el Presidente Johnson: digamos que él tuvo una idea, él llama a alguien y más tarde a cinco o a seis personas más con quienes discute esa idea, uno o dos vienen a verlo con relación a esto, hubo un cambio de memorándums para un determinado personal para que pusieran esta idea en marcha, y un día llegó un borrador en limpio, seguido por un memorándum aceptando o rechazando ese borrador. ¿Qué fue lo que pasó? ¿Quién supo? ¿Quién sabe?

Un ejemplo muy frecuente, y podría compartir otros muchos, es el del Programa de Ciudades Modelos. Empezó como una idea, le gustó al presidente, y habló con Robert Weaver, secretario de Viviendas y Desarrollo Urbano, un departamento nuevo en el gobierno federal. El atado de cabos sueltos necesarios en el establecimiento de un nuevo y difuso departamento causó que el secretario Weaver le dijera al presidente que el Programa de Ciudades Modelos era más de lo que él podía manejar. Para entonces, un gran número de posibles obstáculos se habían señalado, y el presidente, de acuerdo con lo que yo sé, sugirió que se suspendiera el programa. Así se hizo.

Pero dos personas relativamente anónimas, una, el asistente administrativo del senador Edmund Muskie y la otra, segundo escalón asistente de la Casa Blanca llamado Larry Levinson, ambos desconocidos del amplio mundo, pensaron que la idea era válida, hablaron sobre ella con todo el que estaba dispuesto a oír y con algunos que no lo estaban, y en general mantuvieron la presión. Un día, esta presión llegó de nuevo al Secretario Weaver, quien entonces se puso en contacto con el presidente, diciéndole que él había allanado sus dificultades de organizar el departamento y podía ahora ocuparse de esto.

El presidente contestó, "Está bien, vamos a hacerlo", y el intento de establecer el programa se inició. Éste ahora es ley, procedimiento y política, y algunas ciudades están ya listas para recibir la primera concesión. Si es un programa bueno y viable no es el caso. El caso es que casi nada de esto hubiera sido visto en los registros públicos. El desarrollo de la idea de las Ciudades Modelos es una historia de personas hablando personalmente, de

personalidades, algunas anónimas, quienes no dejaron un programa morir, y de su influencia sobre las personas que tienen el poder de convertir ideas en acción.

Pero la historia oral no necesita ser limitada a presidentes y reyes y oficiales de gabinete. Si una acción tiene validez, sus insinuaciones son universales. No importa cuán local o parroquial alguna actividad pueda parecer, toda es parte de esa gran acumulación del pasado y presente que forma la totalidad de la vida en un barrio, en una ciudad, en una provincia, en una nación y en el mundo.

Los poderes de recordar y recapturar son esenciales para el entendimiento de las fuerzas que nos han traído a este momento, que han formado nuestras creencias y nuestras costumbres. El sujeto que está siendo entrevistado puede ser un aislado y aparentemente insignificante pastor de ovejas, pero si él percibe la verdad en alguna acción de su rebaño, entonces él nos está diciendo algo sobre la vida del hombre y por lo tanto, sobre nosotros.

El resultado ha sido una epidemia de proyectos de historia oral. En los Estados Unidos bastantes de estos proyectos de grandes y pequeños diseños existen, que se ha formado un grupo nacional, conocido como la Asociación de Historia Oral, que tiene reuniones anuales, a las cuales asisten alrededor de doscientos miembros. Entre paréntesis, la reunión del año de mil novecientos setenta y dos tendrá lugar en el Campo de la Universidad de Texas en Austin.

Sobre una base más regional, el Estado de Texas ha visto una multiplicación desde caros y ambiciosos proyectos, hasta algunos pequeños en los cuales un hombre con una grabadora se pasa el fin de semana y otros ratos libres alentando a abuelas y abuelos a hablar sobre los primeros días en esa región.

Mi propia Universidad de Texas, por ejemplo, tiene cuatro proyectos de los que yo sé. Además de aquel con el que estoy afiliado, el Colegio de Administración de Negocios está entrevistando a prominentes hombres de negocios en toda la región para saber cómo ellos se elevaron a la posición que ahora ocupan y para capturar sus filosofías económicas y sociales. Otro proyecto reúne reminiscencias de los primeros trabajadores de pozos petroleros, desde el más rudo hasta los dueños. Finalmente, el Centro para Estudios Intraculturales de Folklore e Historia Oral reúne material relacionado con toda clase de pioneros, particularmente aquellos en los llamados grupos minoritarios. Originalmente el proyecto fue supervisado por el doctor Américo Paredes quien vino del valle de la parte baja del río Grande, y quien es ahora director de los Estudios Mexicanoamericanos en la universidad. Se están obteniendo memorias tan rápidamente como es posible, de personas

ancianas quienes han sido testigos de peculiaridades en la vida del suroeste de los Estados Unidos. Naturalmente, por conveniencia, el material viene principalmente de personas en los Estados Unidos, pero los entrevistadores cruzan la frontera con alguna frecuencia para grabar informes de la vida tal como era en el lado mexicano desde hace treinta a ochenta años. Los estudiantes que trabajan en folklore, bastante entusiastas, se han internado profundamente en México para reunir narraciones de experiencias más tempranas.

La Universidad del Estado de Nuevo México, representada durante estos tres días por el profesor Charles Harris, también tiene un proyecto dirigido a salvar las más posibles reminiscencias personales de los mexicanos en ambos lados de la frontera. Sin estar seguro, yo diría que similares proyectos existen en Arizona y en el sur de California. Siguiendo este modo de pensar, nosotros debemos tener una persona que recoja las memorias de inmigrantes cubanos antes de que sus recuerdos empiecen a borrarse.

A fines del año de mil novecientos setenta, yo interrogué a personas en todo Texas tratando de averiguar qué programas se estaban llevando a cabo. Mi esfuerzo trajo noventa y nueve reportes de proyectos. Éstos incluían entrevistas con personas de las siguientes categorías: líderes veteranos de trabajadores, viejos vaqueros en el área del llano estacado en Texas; leñadores en el este de Texas; canciones folklóricas; testigos de un linchamiento público y del incendio de un edificio de la corte judicial en mil novecientos treinta; viejos políticos texanos; cultivadores de algodón y ferrocarrileros; antiguos oficiales de la justicia; personas asociadas con la Universidad A&M de Texas; historias de condados; pioneros educadores; y descendientes de habla española de antiguos colonizadores de Goliad y La Bahía.

Algunos pueden ser proyectos extensos, como los fundados por la Universidad Tecnológica de Texas, donde han sido grabadas más de mil doscientas horas de cinta conteniendo reminiscencias de viejos pobladores, personas prominentes, y testigos olvidados de sucesos notables; o en el Museo Histórico de las Planicies del Panhandle, donde las mismas clases de personas han sido entrevistadas en los últimos veinte años. Pero con mayor frecuencia, el proyecto es la responsabilidad de un solo hombre, pagado por algún entusiasta local por su interés en la historia, y por sus sentimientos por la importancia de pasadas escenas. Ya sea grande o pequeño, cada proyecto perpetúa un conocimiento de historia, pero aún más importante, un sentimiento *por* la historia.

Yo no pretendo saber cuánto está haciendo México en el campo de la historia oral. Yo sí sé que los primeros días de la continuada Revolución

Mexicana han sido bastante bien cubiertos por entrevistadores trabajando particularmente con los principales en ese magnífico desarrollo. Pero México, así como los Estados Unidos, tiene mucho más que ofrecer que líderes. Su herencia cultural es rica, pero ésta ha debatido largamente con el problema de si hacer su cultura española, indígena o alguna clase de mezcla. México aún maneja grandes ranchos ganaderos en un estilo que haría sentirse cómodo a un rancharo del año de mil setecientos setenta si éste regresara a Coahuila en mil novecientos setenta. Pero el período del rancho mexicano está cambiando ante nuestros ojos entre más y más propiedades se dividen, entre más maquinaria se usa, y entre menos hombres soportan las incomodidades del vivir y dormir al aire libre, con sólo una rara visita al pueblo y a la cantina.

El lado mexicano en su larga y colindante frontera con los Estados Unidos, particularmente con Texas, no ha sido enteramente explorado en sus aspectos personales. Lo mismo es cierto en cuanto a la expropiación de las posesiones de petróleo de compañías en los Estados Unidos, y el afán de hacer de Pemex una viable institución comercial. Toda la estructura de expansión de servicios sociales en México necesita ser desenredada. En este momento México tiene una oportunidad peculiar porque ha mantenido una buena relación de trabajo con Cuba, mientras que el vecino más cercano de esa isla turbulenta la considera más como una amenaza que como una vecina. El impacto, o la falta de éste, del movimiento chicano en los Estados Unidos sobre la juventud en México, debe ser registrado antes de que sea racionalizado y por lo tanto se borre. Y el asombroso incremento de ciudades industriales como Monterrey y Guadalajara necesita ser registrado. ¿Cómo se ha administrado México para atraer tanta industria del Norte sin haberse colonizado económicamente? Esta historia merece una investigación más detenida.

Las posibilidades son interminables. Ellas encierran las reminiscencias de los hombres que edificaron el moderno Monterrey, norteamericanos como Joseph A. Robertson, nacionales como Adolfo Zambrano; el esfuerzo de proveer a Monterrey con servicios, especialmente el de agua adecuada; la mujer vendiendo alfarería o tortillas en el mercado público; el movimiento que rehabilitó la zona rosa; conflictos de eclesiásticos contra anticlesiásticos; la promoción del turismo; y los efectos de la introducción de servicios médicos y educacionales en áreas rurales. Los proyectos pueden ser altamente personales, como una colección de canciones y recuerdos de hombres solitarios en las montañas. O ellos pueden contener importancia nacional, como la elevación del ballet folklórico a aclamación internacional, o el intercambio entre bastidores que produce un candidato del Partido Revolucionario Institucional.

Todo lo que puedo decir es que Monterrey, Nuevo León, y México están precisamente donde Austin, Texas, y los Estados Unidos están en el terreno de la historia oral. La historia está ahí, esperando como una novia ansiosa de ser llevada a través del umbral a sus nuevas aventuras. Así pues, con la historia oral, una nueva aventura que puede revelar intimidades históricas y satisfacciones hasta ahora desconocidas y en muchos casos con la posibilidad de perderse para siempre si no los captamos prontamente en grabadoras y mecanográficamente.

Muchas gracias.

El plan de Ayutla, fundado en la revolución de independencia, se basó en la idea de una república constitucional, con un poder ejecutivo fuerte y un poder legislativo débil. El plan de Ayutla fue el primer intento de una constitución federal en México. El plan de Ayutla fue el primer intento de una constitución federal en México. El plan de Ayutla fue el primer intento de una constitución federal en México.

LOS PLANES DE AYUTLA Y MONTERREY *

DR. EDWARD H. MOSELEY
Universidad de Alabama

CADA GENERACIÓN de historiadores reinterpreta el pasado, algunas veces añadiendo nueva perspectiva y objetividad a los mayores movimientos. Muchas veces, sin embargo, nuevas interpretaciones son superpuestas al rígido esqueleto de los hechos ya aceptados, pero dejando ignorados algunos acontecimientos igualmente importantes. Un ejemplo de este proceso puede ser encontrado en el Museo Histórico Nacional de la ciudad de México. La inscripción que se halla debajo del retrato del Coronel Juan Zuazúa dice: "Concurrió a la Revolución de Ayutla, al lado del grupo liberal".¹ Esta inscripción concuerda con el hecho aceptado en la historia mexicana, que designa al período que va desde el 10. de mayo de 1854 hasta el 9 de agosto de 1855 como la era de la Revolución de Ayutla.

Juan Zuazúa apoyó la causa liberal de aquella época, pero no bajo la bandera de Ayutla. Él se adhirió a un separado e igualmente importante movimiento del norte llamado "El Plan de Monterrey", proclamado por Santiago Vidaurri el 25 de mayo de 1855.

Este movimiento contribuyó en gran parte al levantamiento en contra de la dictadura de Antonio López de Santa Anna, y a las dificultades que se suscitaron luego de su derrocamiento. Un panorama más exacto de México en la mitad del siglo XIX puede ser logrado a través de un examen de los dos planes: el de Ayutla y el de Monterrey.

El 10. de marzo de 1854, el Coronel Florencio Villarreal pronunció el

* Trabajo presentado al Congreso de Historia del Noreste de México, celebrado en Monterrey en 1971.

¹ Inscripción debajo del retrato de Juan Zuazúa, Museo de Historia Nacional, México.